

## RETENER O SOLTAR

**Introducción.** La solemnidad de la Ascensión de nuestro Señor nos introduce en una de las vivencias más difíciles de acoger en nuestra historia personal, que son las despedidas. Es la fiesta donde el Señor, por amor, se aleja aparentemente de sus apóstoles. Pero hay veces en la vida que hacer distancia es el paso necesario para descubrir una proximidad que se ignoraba y se desconocía. El corazón de los discípulos vivió el remolino de sentimientos, pasaron de verle muerto en la cruz, rotos todos los sueños de liberación, experimentaron la ruptura y la fragmentación de la comunidad. Sintieron el abandono y la desesperación. Y cuando incrédulos se vuelven a encontrar con el resucitado, su corazón no podía acoger tan buena noticia. Aquel a quien amamos, aquel con el que convivimos tres intensos años. Aquel que nos hacía arder el corazón, de repente vive entre nosotros. Pasaron del hundimiento y la depresión, a la alegría incontenible. Al volver a creer, a pensar que por fin todas sus expectativas y todos sus sueños por fin se iban a realizar. Y de repente sus palabras comienzan a ser ambiguas y confusas. Y de nuevo la sombra de la incompreensión y del temor comienza a cubrir sus vidas.

**Lo que Dios nos dice.** *“Ahora me vuelvo al que me envió y nadie me pregunta adónde voy. Lo que os he dicho os ha llenado de tristeza; pero os digo la verdad: os conviene que yo me vaya. Si no me voy, no vendrá a vosotros el Valedor; si me voy, os lo enviaré.” Jn 16,5-7.*

Produce dolor y tristeza que lo que más amamos no esté cerca, nos desgarrar, nos debilita. Por eso se activa en nosotros el mecanismo de la posesión. Somos conscientes de que nuestra vida es muy precaria, como unos auténticos pobres y por eso nos aferramos a lo que consideramos valioso. Personas, instituciones, experiencias, lugares. En cuanto algo o alguien conecta con nosotros y nos hace sentir bien, nuestros tentáculos afectivos se ponen alerta y como depredadores los buscamos retener. Convertimos lo que es un regalo, una bendición, una fuente de alegría, en una presa, una conquista, un objeto a poseer. Ese mecanismo afectivo, en muchos casos inconsciente, nos hace pasar de la alegría a la tristeza. Cuando se nos escapa entre los dedos, aquello que pensábamos que nos iba a dar alegría, nos quedamos peor que antes. Es necesario aprender a vivir soltando.

**“Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena; pues no hablará por su cuenta, sino que dirá lo que oye y os anunciará el futuro. Él me dará gloria porque recibirá de lo mío y os lo explicará. Todo lo que tiene el Padre es mío, por eso os dije que recibirá de lo mío y os lo explicará. Dentro de poco no me veréis, poco después me veréis.” Jn 16,13-16.**

La verdad más completa sobre nosotros mismos es que somos unos pobres. Somos dependientes desde el mismo momento de nuestra concepción. **«¿Qué tenemos que no hayamos recibido?» (1ª Cor4,7).** Toda nuestra vida es una continua recepción de regalos y de cuidados. De parte de nuestros padres, nuestras familias, nuestros docentes, nuestros amigos. Receptores de afectos, de conocimientos, de experiencias, lugares, personas, ideas, paisajes, regalos convertidos en miradas, en abrazos, en caricias, en *«te quiero»*. Y nuestra práctica habitual es el agradecimiento, el asombro, el sentimiento de indignidad ante tan gran caudal de sorpresas agradables. Pero hay un sutil y perverso cambio dentro de nosotros, que es, en vez de seguir con la gratitud, convertir la vida en exigencia. La amistad en obligación, el amor en posesión y el regalo en dominio. Ese cambio es lo que nos pasa con el pecado. Y nuestra forma de vivir ya no es la del que todo lo vive como milagro, sino la del que lo programa todo, lo diseña todo, manipulando las personas y los acontecimientos, para lograr convertirse en un conquistador por la fuerza de sus planes y proyectos. Y eso es lo que Jesús viene a restaurar y a sanar. El corazón posesivo de los discípulos, que lo quieren retener. El corazón de María Magdalena que lo abraza y lo rodea llena de amor, se tiene que llenar de Espíritu Santo, para descubrir que la vida no se retiene, sino que se da y se comparte.

**“Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, tomándolo por el hortelano, le dice: Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo. Jesús le dice: ¡María! Ella se vuelve y le dice en hebreo: Rabbuni, que significa maestro. Le dice Jesús: Suéltame, que todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios. María Magdalena fue a anunciar a los discípulos: He visto al Señor y me ha dicho esto.” Jn 20,15-18.**

Conocer a Jesús en el Espíritu es reconocer que ya no lo podemos perder, porque su presencia ya se encuentra en el interior de cada uno de nosotros. Ya no se aleja, ya no le pierdo, ya no se esconde. Como diría san Pablo: “Ya no somos nosotros los que vivimos, es Cristo quien desea vivir en nosotros” (cf. Gal 2,20). En la medida que somos conscientes de esa presencia, todo se convierte en vida, en manantial, que ya no hace de nosotros un pozo imposible de llenar, sino un manantial, un geiser de vida que salta hasta la vida eterna. Esa es la obra que Jesús realiza en la Ascensión, ya no me busquéis fuera, yo vivo dentro de vosotros. Y eso es lo que produce el cambio nuclear de nuestro seguimiento de Cristo. Ya no busco poseer, sino soltar.

**Como podemos vivirlo.** Tenemos que agradecer las pérdidas, los fracasos, las negatividades que acumulamos a lo largo de nuestra vida, porque nos hacen humildes, y nos permiten entender que las cosas no salen como yo las diseño, sino como logro acogerlas y agradecerlas.

**“Os aseguro que lloraréis y os lamentaréis mientras el mundo se divierte; estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. Cuando una mujer va a dar a luz, está triste, porque le llega su hora. Pero, cuando ha dado a luz a la criatura, no se acuerda de la angustia, por la alegría de haber traído un hombre al mundo. Así vosotros ahora estáis tristes; pero os volveré a visitar y os llenaréis de alegría, y nadie os la quitará.” Jn 16,20-22.**